

Popularidad

Luis Rubio

La popularidad del presidente, aunque menor a otros momentos y a otros presidentes, sigue elevada. Muchos se preguntan cómo es esto posible dada la compleja, incierta y muy deteriorada situación del país y de la economía. El presidente se ha dedicado a minar todos los cimientos del desarrollo, debilitar los factores que hacen posible el crecimiento de la economía y eliminar los mecanismos que se construyeron para conferirle estabilidad y predictibilidad al actuar del gobierno. A pesar de todo esto, su popularidad no parece afectarse por su manera de decidir o sus consecuencias. No es una pregunta esotérica pero tampoco difícil de dilucidar.

La popularidad del presidente se sustenta en varios elementos, no todos los cuales se encuentran bajo su control. En primer término, la extraordinaria estrategia de propaganda que son las mañaneras tiene el efecto de mantener cautivada a su base social. Este factor es clave para la popularidad y ha sido probado a lo largo del tiempo: la conexión del presidente con la población es real y trasciende lecturas basadas en la razón. Como toda conexión cuasi religiosa, ésta es sostenible mientras los factores que la alimentan, sobre todo su credibilidad, persistan. El presidente explota un profundo y ancestral resentimiento de un amplio segmento de la población que se siente traicionado por décadas o siglos de promesas insatisfechas. El odio que promueve hacia personas, instituciones y grupos cae, ahora sí, como anillo al dedo, en esa población que resiente muchos elementos de la realidad nacional. En su extremo, ha logrado crear fanáticos entre ciudadanos que lo ven como un salvador.

Un segundo componente de la popularidad reside en el más palpable de los errores de los partidos tradicionales en los últimos años, particularmente el llamado “Pacto por México” que organizó Peña Nieto y que, al sumar críticamente al PAN y al PRD, los mimetizó con el PRI -con toda la carga histórica que eso representa- tornándolos dependientes del resultado de aquel proyecto. Seguro hay explicaciones de por qué se sumaron pero, en términos estratégicos, le vendieron su alma a un presidente cuyos objetivos no eran los de la transformación del país a través de las reformas prometidas, sino el enriquecimiento de su pequeño grupo de aliados. El PAN y el PRD de facto aceptaron lo absurdo: los beneficios de una buena gestión se le atribuirían al PRI en tanto que los errores y fracasos se les colgarian a los tres. Para el mexicano común y corriente, se desdibujaron las diferencias entre los tres partidos, circunstancia que hoy se traduce en una sola cosa, que el presidente López Obrador ha explotado con singular habilidad: la ciudadanía puede albergar dudas sobre la gestión del gobierno actual,

pero no percibe alternativa alguna entre los partidos tradicionales.

La gran falla de las reformas de las últimas décadas reside en su parcialidad porque no todo estuvo sujeto a modificación. La condición central, implícita, del proyecto reformador radicaba en la protección del “sistema” y sus beneficiarios: igual la CNTE que la clase política o intereses particulares -privados, sindicales, políticos- de cualquier índole. Esto garantizó que los beneficios no se desparramaran de manera equitativa, lo que se puede apreciar de manera por demás obvia en los contrastes regionales que persisten. Esta es una tercera ancla de la popularidad del presidente: ha logrado convencer a un segmento de la población de que el sistema no trabaja para ellos, explotando sentimientos y resentimientos acumulados.

En el fondo, sin embargo, la popularidad se sustenta en el uso que hace López Obrador de la población y que ésta hace de él. Se trata de una sociedad de conveniencia que es sostenible sólo mientras sus pilares no se erosionen en demasía. Por eso cala tan duro la evidencia de corrupción contra el hermano del presidente, los robos en la institución dizque para devolverle al pueblo lo robado y los que seguro se seguirán acumulando. A esto se deben sumar los errores en materia de salud, la falta de medicamentos y la obvia incompetencia del gobierno. A Morena le está pasando lo que al PAN en su momento: una vez a cargo, están cayendo en las prácticas ancestrales del gobierno mexicano porque nada en la esencia de su funcionamiento ha cambiado.

Los resultados de Coahuila e Hidalgo demuestran que hay algo de artificial en las cifras de popularidad y que, en todo caso, ésta no es transferible a los candidatos de Morena.

Lo que sí ha cambiado y no se debe desdeñar es la solidez y fortaleza de personas clave en distintas instancias y que también se acumulan. La Suprema Corte le dio carta blanca al presidente en sus consultas, pero los cinco ministros que votaron en contra cimbraron al país con argumentos sólidos y poderosos. La minoría que bloquea excesos constitucionales en el Senado hace mella cada día. La discusión pública no cesa por más que haya amenazas cotidianas.

En contraste con el México de hace medio siglo, hoy existen factores que limitan los peores excesos y ciudadanos dispuestos a hacer valer sus derechos, lo que garantiza que, aunque se pierdan algunas batallas, los sustentos de la popularidad del presidente sean mucho más endebles de lo aparente.

@lrubiof

ÁTICO

La popularidad del presidente es verídica, pero sus pilares no son permanentes; ¿qué seguirá cuando eso cambie?

Educación: ¿hacernos guajes?

Manuel Gil Antón

No pasa nada. Todo marcha bien. En los estudios que tiene la SEP, 32 millones de niñas, niños, adolescentes y jóvenes (NNAJ) afirman que están aprendiendo lo esperado como si no hubiera pandemia, como si fuesen a la escuela todos los días. En esas misteriosas indagaciones a las que refiere la autoridad, el millón y pico de maestras y maestros están muy contentos con los avances logrados en Aprende en Casa II (ACII). Las autoridades educativas echan las campanas al vuelo: se avanzó en la capacitación de alumnos y alumnas, del personal docente y de los “padres y madres de familia”. ¿Evidencia? 19.5 millones de nuevas cuentas de correo electrónico entre alumnos y 1.2 millones de maestras y maestros. Gratis. Por eso México dio un “salto adelante en materia digital”.

“¿Cuántas mexicanas y mexicanos se están educando a distancia? Agárrese: ACII está siendo visto por 8.5 millones en tele abierta y otros 7.5 millones a través de sistemas de cable. Ponga en la cuenta a otros 5.9 millones que aprenden a través de la red de televisoras estatales y similares. Por internet, llega a 7.3 millones de usuarios y 1.2 millones más atendidos por la radio y cuadernillos. En total, 30.4 millones están aprendiendo por esos medios cada día. Si añadimos a más de 4 millones inscritos en educación superior, toda la matrícula, y más, está cubierta.

La cosa no para ahí: ha habido, por estos cambios, “reingeniería institucional en la SEP” y de aquí a diciembre se producirán 4,500 programas de televisión y todo lo necesario para las plataformas digitales. “Hay una educación pública en México antes y debe haber otra a partir de la pandemia”. “El aprendizaje no se detuvo, la educación siguió con dos prioridades: la inclusión mediante una amplia cobertura y la excelencia al trabajar sobre los aprendizajes esperados dentro de los planes y programas de estudio.

Y de remate: “Mente y corazón, conocimientos, inclusión, voluntad, pensamiento crítico, carácter, autoestima, conciencia ambiental, empatía, arte y cultura, sentido de comunidad y justicia, habilidades y destrezas físicas y mentales”. Todas estas cifras, y las partes entre comillas, corresponden a discursos del secretario Moctezuma.

Las noticias que llegan de otros lados del país son distintas: a nivel del suelo se viven las cosas de otro modo. Algunos profesores y profesoras reportan que no encuentran a sus pupilos. Madres y padres de familia están desesperados sin saber ya qué inventar para que sus vástagos sigan intentando hacer algo semejante a estudiar.

¿Pandemia? Sí, pero quizá seamos el único país que, a pesar de haber detenido la forma presencial de los procesos educativos, no ha resentido ningún problema en lograr aprendizajes. ¿Estamos frente a un verdadero milagro, o contamos con autoridades educativas que han logrado, como la Virgen de Guadalupe, que “no (se) haya hecho igual en ninguna otra Nación”?

Las noticias que llegan de otros lados del país son distintas: a nivel del suelo se viven las cosas de otro modo. Algunos profesores y profesoras reportan que no encuentran a sus pupilos. Madres y padres de familia están desesperados sin saber ya qué inventar para que sus vástagos sigan intentando hacer algo semejante a estudiar. Hay fobias al Zoom, o franca risa o desesperación ante los programas de televisión que dizque enseñan. Muchas niñas ya de tiempo completo dedicadas a cuidar a sus hermanos y otras en la chamba del mercado, por dar un ejemplo. Muchachos colaborando para completar la renta. ¿Tenemos casi una rebelión para salir de las casas y respirar, hartos de la simulación, o la maravilla de la que nos informan los funcionarios?

Creo que lo segundo. En lugar de enfrentar con franqueza los problemas educativos, desde la soberbia de quien puede todo se están haciendo guajes. Igual que siempre. Como es costumbre que no cesa.

mgil@colmex.mx

La estirpe de Mario Molina

Enrique Krauze

Sucedió en México, hace ciento cuarenta años. La mortalidad alcanzaba cifras pavorosas: víctimas de un mal de fácil transmisión y sin tratamiento efectivo, sucumbían once de cada cien habitantes. “Las autoridades actúan con desinterés y desorganización”, apuntaba el respetado doctor Molina en un estudio sobre la enfermedad. Los miembros del Ayuntamiento de Veracruz ofrecían un premio de cien mil pesos a quien encontrara un remedio. El mal era la fiebre amarilla. El médico, don Zacarías R. Molina. Chileno por nacimiento, mexicano por elección, combatiente republicano contra la intervención francesa, director del Hospital Militar en Veracruz, escribió unos Apuntes prácticos sobre la fiebre amarilla, con estadísticas que han sido utilizadas desde entonces por los estudiosos del tema.

Nunca hablé de su estirpe con el bisnieto de aquel personaje, el gran científico mexicano Mario Molina-Pasquel, Premio Nobel de Química, fallecido el 7 de octubre. Podía haberse sentido por encima de sus colegas en El Colegio Nacional, pero nada más lejano a su humildad natural, a su talante reservado y gentil. Tomaba la palabra para proponer cosas inteligentes, asequibles, urgentes. Tenía una sensibilidad particular para comprender la precariedad del conocimiento científico en nuestro país, y la urgencia de impulsarlo. No es un juego lo que ha estado de por medio. Es la vida de los mexicanos.

La muerte temprana rondó muchas veces la casa fundada por don Zacarías. Huérfano de madre a los dos años, su bisnieto Mario contó con una providencial figura materna: su tía, la química María Esther Molina. Ella guió su temprana curiosidad por la ciencia: le propuso experimentos, lo acompañó a comprar sus materiales al centro de la ciudad, le ayudó a formar su primer laboratorio en un baño en desuso. Mario recordaba con emoción la primera vez que vio, en el jugo de una lechuga ya descompuesta, “paramecios y amibas a través de un microscopio de juguete más bien primitivo”.

Siguieron estudios en Suiza, la carrera de ingeniería química en la UNAM, una práctica en la Universidad de Friburgo, el doctorado de fisicoquímica en la Universidad de California en Berkeley. Molina aceptó la invitación de su maestro Sherwood Rowland para investigar junto con él una novedosa vertiente científica: la acción de los clorofluorocarbonos (CFC) en la atmósfera. A mediados de 1974, ambos publicaron en la revista Nature un texto que probaba el efecto de esos compuestos en el agotamiento de la capa de ozono de la Tierra. Aunque el descubrimiento era histórico, no fue sencillo vencer el escepticismo de algunos

La ciencia tuvo la última palabra. Para 1985 las imágenes satelitales de la Antártida eran concluyentes: la capa de ozono estaba siendo severamente dañada.

científicos y, menos aún, los ataques de las industrias (aerosoles, refrigeración) que se beneficiaban de los CFC. Molina y Rowland llegaron a defender su teoría ante el Senado de Estados Unidos.

La ciencia tuvo la última palabra. Para 1985 las imágenes satelitales de la Antártida eran concluyentes: la capa de ozono estaba siendo severamente dañada y, en consecuencia, la penetración de la radiación ultravioleta podía volverse irreversible. Al comprender la repercusión de estos hechos, los países miembros de la ONU negociaron en 1987 el Protocolo de Montreal, con el objetivo de proteger la capa de ozono y eliminar los CFC. En 1989, Mario Molina se convirtió en investigador en la División de Ciencias de la Tierra del Instituto Tecnológico de Massachusetts. Ahí recibió la noticia de la concesión del Premio Nobel en 1995. El tercero obtenido por un mexicano.

El azar le tenía preparado un reto más: la pandemia. Basado en sus conocimientos en fisicoquímica de las partículas, Molina demostró que la propagación dominante del virus ocurre por vía aérea. El texto, publicado en la revista Proceedings de la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos, reafirmó la efectividad científica del uso del cubrebocas. En una sesión organizada en agosto por El Colegio Nacional, Molina fue contundente: “Con el uso de cubrebocas obligatorio podemos salvar muchas vidas. Esto no se está haciendo bien aún en México ni en Estados Unidos. La ciencia ya nos dice lo que tenemos que hacer, desafortunadamente la política aún no”.

“Las autoridades actúan con desinterés y desorganización”, había dicho don Zacarías en 1881. Mario, su bisnieto, murió con esa misma convicción. Su nombre está inscrito ya en los anales de la batalla contra el cambio climático. La historia registrará también su crítica al gobierno que dio la espalda a la ciencia, que dio la espalda a la vida.

www.enriquekrauze.com.mx

ÁTICO

La ciencia, no el poder, tendrá siempre la última palabra.

¿Qué será de México sin cultura y sin ciencia?

Arnoldo Kraus

Repetimos: es necesario invertir en educación.

Repetimos: la cultura es un arma poderosa, sus múltiples facetas sirven para mejorar a la sociedad.

Repetimos: educación, ciencia y dosis suficientes de conocimiento y cultura son indispensables para nutrir a la comunidad y disminuir la inequidad.

Sabemos: en México esas ideas sólo son ideas. No son realidad.

Sabemos: en este sexenio el gobierno todo, presidencia y ministros incluidos —lo que signifique ministros sin voz ni presencia ni disenso ni valentía— desdeñan y atacan el mundo de las ideas, de la ciencia, de la cultura, del periodismo.

Repetimos y sabemos. Víctor Hugo (1802-1885) sabe lo que nosotros sabemos pero no logramos expresar con contundencia. Su discurso, publicado ante la Asamblea constituyente en 1848 es demoledor y actual. Bien harían en leerlo las huestes presidenciales. El tiempo transcurrido, la friolera de 172 años, invita a reflexionar acerca de las torpezas y desprecio de nuestros gobiernos hacia el mundo de las ideas. Transcribo algunas reflexiones:

“Afirmo, señores, que las reducciones propuestas en el presupuesto especial de las ciencias, las letras y las artes son doblemente perversas. Son insignificantes desde el punto de vista financiero y nocivas desde todos los demás puntos de vista. Insignificantes desde el punto de vista financiero. Esto es una evidencia tal que apenas me atrevo a someter a la asamblea el resultado del cálculo proporcional que he realizado [...] ¿Qué pensarían, señores, de un particular que, disfrutando de unos ingresos de 1,500 francos, dedicara cada año a su desarrollo intelectual [...] una suma muy modesta: 5 francos, y, un día de reforma, quisiera ahorrar a costa de su inteligencia seis céntimos?”

Victor Hugo es contundente. Imposible no abrazar sus argumentos y hacerlos propios. Progresar como grupo y sociedad requiere fortalecer el ser interno de la persona. Proporcionarle armas para darle voz a su voz y argumentos para saber cuándo es necesario afirmar y cuándo es imperativo negar. Si los gobiernos, como sucede con el actual, no sólo menosprecian el mundo de las ideas, sino que buscan sepultarlo, la

Victor Hugo es contundente. Imposible no abrazar sus argumentos y hacerlos propios. Progresar como grupo y sociedad requiere fortalecer el ser interno de la persona.

equidad económica y el progreso de la sociedad son imposibles.

Los apoyos económicos del gobierno a las clases más vulnerables son necesarios y bienvenidos, no así el desprecio ad nauseam hacia ciencia y cultura. El encono de científicos contra la desaparición mortal de fideicomisos en apoyo a la ciencia, la difícil situación por la que atraviesan las editoriales mexicanas Era, Cal y Arena, Almadía y Sexto Piso, y la lista, cada vez mayor, de intelectuales y periodistas, expuestos públicamente sin recato y considerados enemigos del gobierno de acuerdo a López Obrador y su gabinete son realidades ominosas. Toda proporción guardada, repito, toda proporción guardada, en la época de Pol Pot en Camboya, quienes usaban anteojos o sabían leer eran considerados enemigos del gobierno...

Invertir en educación, en cultura y ciencia es imprescindible. Dicha inversión no significa equidad inmediata, pero a la larga reditúa. La experiencia de los Tigres Asiáticos tras la Segunda Guerra Mundial es evidente: invirtieron en educación y ahora la población vive en mejores condiciones.

Sepultar cultura y ciencia es mortal. Salvo algunos políticos, sobre todo los del nefasto régimen de Enrique Peña Nieto, quien camina libre, a la mayoría de la población le importa un bledo que seamos la undécima economía mundial. Importa más la imagen del gran e irrepetible Francisco Toledo, quien siempre de nostó y habló en contra del Tren Maya, como lo muestran sus dibujos y textos en la revista Proceso, otro de los no enemigos convertido en enemigo por AMLO y compañía.

Repito: es imperativo invertir en cultura, en educación y en ciencia. Fortalecer el pensamiento fortalece a la comunidad. Urge leer a Victor Hugo.